VII

Al pasar Tonet dos días fuera de la taberna, se dió cuenta de lo mucho que amaba á Neleta.

Tal vez influía en su desesperación la pérdida del alegre bienestar que antes gozaba, de aquella abundancia en la que se sumía como en una ola de felicidad. Faltábale, á más de esto, el encanto de los ocultos amores adivinados por todo el pueblo; la malsana dicha de acariciar á su amante en pleno peligro, casi en presencia del esposo y de los parroquianos, expuesto á una sorpresa.

Arrojado de casa de *Cañamel*, no sabía dónde ir. Probó á contraer amistades en las otras tabernas del Palmar, míseras barracas, sin más fortuna que un tonelillo, donde sólo de tarde en tarde entraban los que por deudas atrasadas no podían ir á casa de *Cañamel*. Tonet huyó de estos sitios como un potentado que penetrase por error en un bodegón.

Pasó los días vagando por las afueras del pueblo. Cuando se cansaba, iba al Saler, al Perelló, al puerto de Catarroja, á cualquier sitio, para matar el tiempo. El, tan perezoso, perchaba horas

enteras en su barquito para ver á un amigo, sin otro propósito que fumar un cigarro con él.

La situación le obligaba á vivir en la barraca de su padre, examinando con cierta inquietud al tío Toni, que alguna vez, en la fijeza de su mirada, parecía revelarle su conocimiento de todo lo ocurrido. Tonet cambió de conducta á impulsos del tedio. Para vagar de un lado al otro de la Albufera como un animal enjaulado, mejor era prestar su ayuda al pobre padre. Y desde el día siguiente, con la pasajera furia de los perezosos cuando se deciden al trabajo, fué, como en otros tiempos, á arrançar barro de las acequias.

El tío Toni demostró su gratitud por este arrepentimiento, desarrugando el ceño y dirigiendo algunas palabras á su hijo.

Lo sabía todo. Las cosas ocurrían tal como él las anunciaba. Tonet no había procedido como un *Paloma*, y el padre sufrió mucho oyendo lo que se decía de él. Le hería dolorosamente ver á su hijo viviendo á costa del tabernero y robándole además la mujer.

—*¡Mentira... mentira!*—contestaba el *Cubano* con la ansiedad del culpable.—*¡Son calumnies!...*

Mejor: el tío Tono celebraba que fuese así. Lo importante era haber salido del peligro. Ahora á trabajar, á ser hombre honrado, á ayudar al padre en la tarea de enterrar sus charcas. Cuando éstas se convirtiesen en campos, y en el Palmar viesen á los *Palomas* recoger muchos sacos de arroz, ya encontraría Tonet una compañera. Podría escoger entre todas las muchachas de los pueblos inmediatos. A un rico nadie le contesta negativamente.

Y Tonet, animado por las palabras de su padre, entregábase al trabajo con verdadera rabia. La pobre *Borda* se fatigaba á su lado más aún que yendo con el tío Tono. El *Cubano* siempre creía que trabajaba poco; era exigente y brutal con la infeliz muchacha, la cargaba como si fuese una bestia, pero comenzaba él por dar ejemplo de fatiga. La pobre *Borda*, jadeante bajo el peso de las espuertas de tierra y el continuo manejo de la percha, sonreía alegre, y por la noche, cuando con los huesos doloridos preparaba la cena, miraba con agradecimiento á su Tonet, aquel hijo pródigo que tanto había hecho sufrir al padre, y ahora, con su buena conducta, daba un aire de serenidad y confianza al rostro del fuerte trabajador.

Pero en la voluntad del *Cubano* nunca soplaba el mismo viento. La conmovían furiosas ráfagas de actividad y reaparecía después la calma de una pereza dominadora y absoluta.

Al mes de este continuo trabajo, Tonet se cansó, como otras veces. Una gran parte de los campos estaba ya cubierta, pero quedaban profundos hoyos, que eran su desesperación; agujeros incegables, por los cuales parecían volver las derrotadas aguas, royendo lentamente la tierra acumulada á costa de inmensos trabajos. El *Cubano* sentía miedo y desaliento ante la magnitud de la empresa. Acostumbrado á las abundancias de casa de *Cañamel*, rebelábase además pensando en los guisotes de la *Borda*, el vino escaso y flojo, la

dura torta de maíz y las sardinas mohosas, único alimento de su padre.

La tranquilidad de su abuelo le indignaba. Seguía visitando la casa de *Cañamel* como si nada hubiese ocurrido. Allí comía y cenaba, entendiéndose perfectamente con el tabernero, que parecía satisfecho de la actividad con que el viejo explotaba la *Sequiota*. ¡Y al nieto que lo partiera un rayo! ¡Sin decirle una palabra, cuando lo veía por las noches en la barraca, como si no existiera, como si no fuese el verdadero dueño de la *Sequiota!*...

El abuelo y *Cañamel* se entendían para explotarle, y sufrirían un chasco. Tal vez toda la indignación del tabernero no había tenido otro fin que quitarle de en medio, para que las ganancias fuesen mayores. Y con esa codicia rural, feroz y sin entrañas, que no reconoce afectos ni familia en asuntos de dinero, Tonet abordó al tío *Paloma* una noche en que se embarcaba para ir al *redolí*. El era el dueño de la *Sequiota*, el verdadero dueño, y hacía mucho tiempo que no veía un céntimo. Ya sabía que la pesca no era tan excelente como otros años, pero se hacía negocio, y el abuelo y el tío Paco buenos duros se metían en la faja. Lo sabía por los compradores de anguilas. ¡A ver!... El quería cuentas claras: que le diesen lo suyo, ó de lo contrario se quedaría con el *redolí*, buscando socios menos rapaces.

El tío Paloma, con la autoridad despótica que creía tener de derecho sobre toda su familia, se consideró en los primeros instantes obligado á abrirle la cabeza á su nieto con el extremo de

la percha. Pero pensó en los negros que el *Cubano* había muerto allá lejos y, *¡recordóns!* á un hombre así no se le pega, aunque sea de la familia. Además, la amenaza de recobrar el *redolí* le infundía espanto.

El tío Paloma se encastilló en la moral. Si no le daba dinero era porque conocía su carácter, y el dinero, en manos de jóvenes, es la perdición. Se lo bebería, iría á jugárselo con los pillos que manejaban la baraja á la sombra de cualquier barraca del Saler: prefería guardarlo él, y así prestaba un favor á Tonet. ¿Al fin, cuando él muriese, para quién sería lo suyo más que para el nieto?...

Pero Tonet no se ablandaba con esperanzas. Quería lo suyo, ó volvía á apoderarse del *redolí*. Y tras penosos regateos, que duraron más de tres días, el barquero se decidió una tarde á escarbar su faja, sacando con gesto doloroso un cartucho de duros. Podía tomarlo... ¡Judío!... ¡Mal corazón!... Cuando lo hubiese gastado en pocos días, que volviese por más. No debía tener escrúpulos. ¡A reventar al abuelo! Ya veía claro cuál era su porvenir en plena ancianidad. Trabajar como un esclavo, para que el señor se diese la gran vida... Y se alejó de Tonet, como si perdiese para siempre el escaso afecto que aún sentía por él.

El *Cubano*, al verse con dinero, no volvió por la barraca de su padre. Quiso entretener su ociosidad con la caza, haciendo una vida de hombre de guerra, sacando su comida de la pólvora, y comenzó por comprar una escopeta algo mejor que

las armas venerables que se guardaban en su casa. *Sangonera*, que había sido despedido de casa *Cañamel* al día siguiente de la expulsión de Tonet, rondaba en torno de éste viéndole ocioso y disgustado de la vida laboriosa que llevaba en la barraca de su padre.

El *Cubano* se asoció al vagabundo. Era un buen compañero, del que podía sacar cierto partido. Tenía una vivienda, que aunque peor que una perrera, podía servirles de refugio.

Tonet sería el cazador, y *Sangonera* el perro. Todo pertenecería á los dos por igual: la comida y el vino. ¿Estaba conforme el vagabundo? *Sangonera* se mostró alegre. El también contribuiría al mantenimiento común. Tenía unas manos de oro para sacar los *mornells* de los canales y apoderarse de la pesca, volviendo otra vez las redes al agua. No era cual ciertos rateros sin escrúpulos, que, como decían los pescadores del Palmar, no sólo robaban el alma, sino que se llevaban el cuerpo, ó sea los bolsones de malla. Tonet buscaría la carne y él el pescado. Trato hecho.

Desde entonces, sólo de tarde en tarde vieron en el pueblo al nieto del tío Paloma con la escopeta al hombro, silbando cómicamente á *Sangonera*, que marchaba tras de sus pasos con la cabeza baja, mirando astutamente á todos lados por si había algo aprovechable al alcance de sus zarpas.

Pasaban semanas enteras en la Dehesa, haciendo una vida de hombres primitivos. Tonet, en medio de su tranquila existencia en el Palmar, había pensado muchas veces con melancolía en sus años de guerra, en la libertad sin límites

y llena de peligros del guerrillero, que teniendo la muerte ante los ojos, no ve obstáculos ni barreras, y, carabina en mano, cumple sus deseos sin reconocer otra ley que la de la necesidad.

Los hábitos contraídos en sus años de vida belicosa en plena selva, los resucitaba ahora en la Dehesa, á cuatro pasos de poblaciones donde existían leyes y autoridad. Con ramaje seco fabricábanse chozas él y su compañero en cualquier rincón de la arboleda. Cuando tenían hambre mataban un par de conejos ó palomas salvajes de las que revoloteaban entre los pinos; y si necesitaban dinero para vino ó cartuchos, Tonet se echaba la escopeta á la cara y en una mañana lograba formar un racimo de piezas, que el vagabundo vendía en el Saler ó en el puerto de Catarroja, volviendo con un pellejo que ocultaba en los matorrales.

La escopeta de Tonet, sonando con insolencia por toda la Dehesa, fué un reto para los guardas, que hubieron de abandonar su tranquila vida de solitarios.

Sangonera estaba al acecho como un perro, mientras cazaba Tonet, y al ver con su aguda mirada de vagabundo la aproximación de los enemigos, silbaba á su compañero para ocultarse. Varias veces se encontró el nieto del tío Paloma frente á frente con los perseguidores y sostuvo gallardamente su voluntad de vivir en la Dehesa. Un día disparó un guarda contra él; pero momentos después, como amenazadora respuesta, oyó el silbido de una bala junto á su cabeza. Con el antiguo guerrillero no valían indicaciones. Era

un perdido que no temía ni á Dios ni al diablo. Tiraba tan bien como su abuelo, y cuando enviaba la bala cerca, era porque sólo quería hacer una advertencia. Para acabar con él era preciso matarse. Los guardas, que tenían numerosa familia en sus chozas, acabaron por transigir mudamente con el insolente cazador, y cuando sonaba el estampido de su escopeta fingían oír mal, corriendo siempre en dirección opuesta.

Sangonera, aporreado y despedido de todas partes sentíase fuerte y orgulloso bajo la protección de Tonet, y cuando entraba en el Saler miraba con insolencia á todos, como un perrillo ladrador que cuenta con el amparo del amo. A cambio de esta protección afinaba sus condiciones de vigilante, y si de tarde en tarde alguna pareja de guardia civil venía de la huerta de Ruzafa, *Sangonera* la adivinaba antes de verla, como si la husmease.

—*¡Els tricornios!*—decía á su compañero.—*¡Ya están ahí!*

Los días en que se veían por las inmediaciones de la Dehesa correajes amarillos y tricornios charolados, Tonet y *Sangonera* se refugiaban en la Albufera. Metidos en uno de los barquitos del tío Paloma, iban de mata en mata disparando sobre las aves, que recogía el vagabundo, habituado á meterse en agua hasta la barba en pleno invierno.

Las noches de tempestad, obscuras y lluviosas que esperaba el tío Paloma como una bendición, por ser las de las grandes pescas, las pasaban Tonet y *Sangonera* metidos en la barraca de éste,

refugiados en un rincón, pues el agua entraba á chorros por los desgarrones de la cubierta.

Tonet estaba á dos pasos de su padre, pero evitaba verle, temiendo su mirada severa y triste. La *Borda* venía cautelosamente á cambiar la ropa de Tonet, á prestar esos cuidados de que sólo es capaz una mujer. La pobre muchacha, fatigada del trabajo del día, remendaba los harapos á la luz de un farol, cerca de los dos vagabundos, sin dirigirles una palabra de reproche, osando únicamente alguna mirada á su hermano con expresión de pena.

Cuando los dos compañeros pasaban la noche solos, hablaban, sin dejar de beber, de sus pensamientos más íntimos. Tonet, habituado por el ejemplo de *Sangonera*, á una continua embriaguez, no pudo resistir el peso de su secreto y comunicó al camarada sus amores con Neleta.

El vagabundo intentó protestar en el primer momento. Aquello estaba mal hecho. «No desearás la mujer de tu prójimo». Pero á continuación, llevado del agradecimiento á Tonet, encontró excusas y justificaciones para la falta, con su burda casuística de antiguo sacristán. La verdad era, que tenían cierto derecho para quererse. De haberse conocido después de casada Neleta, sus relaciones resultarían un enorme pecado. Pero se trataban desde niños; habían sido novios y la culpa era de *Cañamel*, por meterse donde nadie le llamaba, turbando sus relaciones. Bien merecía lo ocurrido. Y recordando las veces que el gordinflón le arrojó de la taberna, reía satisfecho de su infortunio conyugal y se dada por vengado.

Después, cuando no quedaba vino en la bota, y comenzaba á languidecer el farolillo, *Sangonera*, con los ojos cerrados por la embriaguez, hablaba desordenadamente de sus creencias.

Tonet, acostumbrado á esta charla, dormitaba sin oirle, mientras la montera de paja de la barraca se conmovía con los empujones del vendabal, dejando filtrar la lluvia.

Sangonera no se cansaba de hablar. ¿Por qué era desgraciado él? ¿Por qué sufría Tonet, ensimismado y aburrido desde que no podía aproximarse á Neleta?... Porque en el mundo todo era injusticia; porque la gente, dominada por el dinero, se empeñaba en vivir al revés de como Dios manda.

Y aproximándose al oído de Tonet, le despertaba, hablando con voz misteriosa de la próxima realización de sus esperanzas. Los buenos tiempos se acercaban. *El* estaba ya en el mundo. Lo había visto, como veía ahora á Tonet, y le había tocado á él, pobre pecador, con su mano de una divina frialdad. Y por décima vez relataba su encuentro misterioso en la orilla de la Albufera. Volvía del Saler con un paquete de cartuchos para Tonet, y en el camino que bordea el lago había sentido una profunda emoción, como si se aproximase algo que paralizaba sus fuerzas. Las piernas se le doblaron y cayó al suelo, deseando dormir, anularse, no despertar más.

—*Era que estabes borracho*—decía Tonet al llegar á este punto.

Pero *Sangonera* protestaba. No; no estaba ebrio. Aquel día bebió poco. La prueba era que

permaneció despierto á pesar de que el cuerpo se negaba obedecerle.

Terminaba la tarde: la Albufera tenía un color morado; á lo lejos, en las montañas, se enrojecía el cielo con oleadas de sangre; y sobre este fondo, avanzando por el camino, vió *Sangonera* un hombre que se detuvo al llegar junto á él.

El vagabundo se estremecía al recordarlo. La mirada dulce y triste, la barba partida, la cabellera larga. ¿Cómo iba vestido? Sólo recordaba una envoltura blanca, algo así como túnica ó blusa muy larga; y á la espalda, como abrumado por su peso, un enorme armatoste que *Sangonera* no podía definir. Tal vez era el instrumento de un nuevo suplicio, con el cual se redimirían los hombres... Se inclinó sobre él y toda la luz del crepúsculo pareció concentrarse en sus ojos. Tendió una mano y rozó con sus dedos la frente de *Sangonera*, con un contacto frío que le estremeció desde la raíz del cabello hasta los talones. Murmuró con voz dulce unas palabras armoniosas y extrañas que el vagabundo no pudo comprender y se alejó sonriendo, mientras él á impulsos de la emoción, caía en un profundo sueño, para despertar horas después en la obscuridad de la noche.

No le había visto más, pero era Él, estaba seguro. Volvía al mundo para salvar su obra comprometida por los hombres: iba otra vez en busca de los pobres, de los sencillos, de los míseros pescadores de las lagunas. *Sangonera* debía ser uno de los elegidos; por algo le había tocado con su mano. Y el vagabundo anunciaba con el fervor de la fe

el propósito de abandonar á su compañero apenas se presentase de nuevo el dulce aparecido.

Pero Tonet protestaba con mal humor viendo interrumpido su sueño, y le amenazaba con voz fosca. ¿Quería callar? Le había dicho muchas veces que aquello no era más que un ensueño de borracho. De estar *claro* y *en seco*, que es como debía cumplir sus encargos, hubiese visto que el hombre misterioso era cierto italiano vagabundo, que pasó dos días en el Palmar afilando cuchillos y tijeras, y llevaba á la espalda la rueda de su oficio.

Enmudecía *Sangonera* por miedo á la mano de su protector, pero su fe se escandalizaba, rebelándose en silencio contra las vulgares explicaciones de Tonet... ¡Volvería á verle! Tenía la certeza de oir de nuevo su lenguaje dulce y extraño; de sentir en su frente la mano helada; de ver su sonrisa suave. Unicamente le entristecía la posibilidad de que el encuentro se repitiera al terminar la tarde, cuando él hubiese apagado muchas veces su sed y viera paralizadas las piernas.

Así pasaban el invierno los dos compañeros. *Sangonera* acariciando las más extravagantes esperanzas; Tonet pensando en Neleta, á la que no veía nunca, pues el joven en sus raros viajes al Palmar, se detenía en la plaza de la iglesia, no osando aproximarse á la casa de *Cañamel*.

Esta ausencia, prolongándose meses y meses, hacía crecer en su memoria el recuerdo de la pasada felicidad, agrandándola con engañosa desproporción. La imagen de Neleta llenaba sus ojos. La veía en la selva donde se perdieron de niños,

en el lago donde se entregaron rodeados del dulce misterio de la noche. No podía moverse en el círculo de agua y fango donde se desarrollaba su vida, sin tropezar con algo que se la recordase. Aguijoneado por la abstinencia y enardecido por el vigor de su vida errante, dormía Tonet muchas noches con sueño agitado, y *Sangonera* le oía llamar á Neleta con el rugido del macho inquieto.

Un día, Tonet, arrastrado por esta pasión, que le enloquecía, sintió la necesidad de verla. *Cañamel*, cada vez más enfermo, había ido á la ciudad. El *Cubano* entró resueltamente en la taberna á medio día, cuando todos los parroquianos estaban en sus casas, y podía encontrar á Neleta sola tras el mostrador.

La tabernera, al verle en la puerta dió un grito, como si se presentara un resucitado. Un relámpago de alegría pasó por sus ojos; pero inmediatamente se entenebrecieron, como si la razón reapareciese en ella, y bajó la cabeza con gesto huraño é inabordable.

—¡*Vesten, vesten!*—murmuró.—*¿Es que vols pédrem?*

¡Perderla él!... Y esta suposición le causó tal pena, que no osó protestar. Instintivamente retrocedió, y por pronto que quiso arrepentirse de su debilidad, ya estaba en la plaza, lejos de la taberna.

No intentó volver. Cuando pensaba ir á ella á impulsos de su contenida pasión, bastaba el recuerdo de aquel gesto para que inmediatamente le dominara una gran frialdad. Todo estaba aca-